

“El etnógrafo” de Borges y nuestros modos de conocer

*Cecilia Salazar de la Torre*¹

“El etnógrafo” es un cuento de Jorge Luis Borges publicado en 1969. Ha sido fuente de un sinnúmero de eruditas interpretaciones, en gran parte dirigidas a reflexionar sobre el oficio de la antropología y de la relación entre investigador e investigado en el trabajo de campo. El cuento narra la experiencia de un etnógrafo, Frank Murdock, que emprende la elaboración de su tesis, aconsejado por su profesor, “un hombre entrado en años”, en torno a las pautas a seguir para, después del largo y riguroso camino de la “observación” en una reserva india, redactar el documento que acogería su instituto y, a continuación, la imprenta.

La experiencia de Murdock se prolonga a lo largo de dos años, en una pradera “bajo toldos de cuero o a la intemperie”, donde llega a soñar “en un idioma que no era el de sus padres”, “acostumbra su paladar a sabores ásperos”, se cubre con “ropas extrañas”, olvida a sus amigos y piensa de una manera “que su lógica rechazaba”. En un punto crucial, escribe notas que luego destruye porque, afirma, aprendió “algo que no puedo decir”.

Llegado a este punto, ocurre en el etnógrafo el fenómeno de la “conversión” sobre la que Giddens (1987) advierte al prevenir el alcance que debería tener la “inmersión” del investigador en la realidad. En el caso de Murdock, este proceso entraña no solo la adopción de los hábitos de “los

1 Directora e investigadora del CIDES-UMSA, La Paz, Bolivia. ceciliasalazar@cides.edu.bo

hombres rojos”, que lo adoptaron como uno de los suyos, sino también la renuncia a la escritura, medio a partir del cual, como se sabe, se ratifica la jerarquización de lo público en la modernidad.

Podría decirse que la “conversión” de Murdock sugiere es la disolución de “nuestros modos de conocer”, cuyos fundamentos se basan en la objetivación del entorno sobre el cual se ha erigido, por ejemplo, el concepto moderno de “paisaje”. Para hacerlo hubo de darse la separación del hombre respecto al mundo natural, producirse su distinción como sujeto respecto a lo que desde entonces nombra como objeto y, a partir de eso, lograr su instrumentalización con finalidades económicas, políticas o culturales. Esas fueron las condiciones del conocimiento secular, cuya expresión más profunda fue la sustitución del ojo divino –simbolizado por el rosetón de la portada de la iglesia gótica, en resguardo del orden feudal– por el ojo humano que, a través de la especialización cognitiva y sus instituciones, se plantea un mundo a imagen y semejanza de la burguesía emergente y, con ella, el espíritu capitalista volcado hacia la innovación o el “crecimiento cognitivo constante” (Gellner, 1991).

Pero también hubo de ocurrir la prevalencia de la perspectiva o “punto de vista” del observador, es decir, la conciencia de la individualidad según la cual la imagen se convirtió “en un registro del modo en que X había visto Y”, como diría John Berger (1975: 16). A partir de entonces, dice este autor, “el mundo visible está ordenado en función del espectador, del mismo modo que en otro tiempo se pensó que el universo estaba ordenado en función de Dios” (*op. cit.*, 1975: 23). El legado renacentista avaló este proceso al surgir con él la firma del “autor”, hasta entonces mimetizado en el anonimato de la obra colectiva. Su correlato es la narración biográfica y autobiográfica, el retrato y el autorretrato o, para decirlo instrumentalmente, el currículum vitae, medio a partir del cual el sujeto se “habilita” en el mundo público como “especialista”.

Como se sabe, la disolución de la vida colectiva y la habilitación del sujeto en el mundo público es una secuela del espíritu de aventura que trajo el mercader que, sin enraizamientos coactivos, está predispuesto a conquistar territorios y pueblos, acompañada por un profundo espíritu inquisitivo que, además, deja atrás la “autoridad del pasado” (Mead, 1997).

El etnógrafo de Borges se disuelve en el camino contrario. Al negarse a publicar su experiencia, la relación sujeto-objeto se trunca en favor de la comunidad. No hay texto que avale lo contrario, es decir, no hay un individuo habilitado socialmente por encima de esta. Podría decirse incluso que tampoco existe el medio a partir del cual se produce la noción de “comunidad imaginada”, en el sentido que plantea Anderson, es decir, del texto escrito a partir del cual se crea la camaradería horizontal y la noción de simultaneidad entre connacionales que comparten una misma subjetividad temporal y espacial, aunque no tengan contacto concreto entre sí. Para Frank Murdock, lo que le enseñaron los indios “vale para cualquier lugar y para cualquier circunstancia”. Por eso no existe la “comunidad imaginada” que compromete a la escritura como vehículo de la interacción social, asociado a la “fatalidad lingüística” y al “capitalismo impreso”, que dieron lugar a la idea de nación y, sobre todo, a la función de las ciencias sociales y humanas en el cumplimiento de este objetivo, que aseguraríamos que no es sino el de instaurar un orden (Anderson, 1993; Chartier, 2000).

Sin embargo, en un vuelco paradójico, el protagonista de Borges abandona la experiencia casi sin retorno de la inmersión antropológica para terminar como funcionario de una biblioteca. Es decir que aparece en la contracara del “capitalismo impreso” para formar parte de la comunidad de lectores o, lo que es lo mismo, del mercado de consumidores en torno a los cuales se cerraría el círculo de la producción cultural que es inherente a la sociedad moderna. Borges se aferra a esta imagen quizá para estabilizar su propia provocación y darle una salida. Al hacerlo reivindica, claro está, el libro, pero desde el punto de vista del lector, que es en lo que se ha convertido finalmente Murdok, liberado de la condición de autor y de su “voluntad prescriptiva” (Chartier, 2000: 20).

Bibliografía

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades Imaginadas*. México: FCE.

Berger, John (1975). *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gili S. A.

Borges, Jorge Luis ([1969] 1974). “El Etnógrafo”. En: Jorge Luis Borges, *Obras Completas* (14º edición): 989-990. Buenos Aires: Emece Editores, S. A.

Chartier, Roger (2000). *El orden de los libros*. Barcelona: GEDISA.

Gellner, Ernest (1991). *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza y CONACYT.

Giddens, Anthony (1987). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Mead, Margaret (1997). *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Barcelona: Gedisa.